D. *El magisterio ordinario de Benedicto XVI emplea con frecuencia textos significativos sobre el matrimonio, la familia, la educación de los hijos, la defensa de la vida en todas sus fases… Usted lo conocía bien ya como teólogo. ¿Cuál es la clave de la teología de la familia y su extrema actualidad?*

R. Hay que decir ante todo que hay un aspecto del pensamiento del Papa Benedicto que, también en su visión de la familia, resulta de gran importancia. Se trata de la gran confianza en el Logos, en el hecho de que en Jesús ha sido revelada la estructura profundamente relacional de la realidad. ¿Por qué este discurso es tan importante? Porque a través de Cristo nosotros llegamos al hombre en sus raíces más profundas, podemos descubrir una identidad que vale para todo ser humano, incluso no creyente o discípulo de Jesucristo; creo que sobre la familia el Papa ha desarrollado mucho esta profundización ante todo antropológica de la dignidad de la familia; por ejemplo, su reflexión sobre la llamada “ideología de género”, precisamente fundada sobre esto. No se trata de demonizar a nadie, se trata simplemente de querer reconocer cuál es el estatuto profundo del ser humano como ser relacional; del hombre y de la mujer como hechos para una reciprocidad, como una reciprocidad fecunda abierta a la donación y a la procreación; pero de una reciprocidad que se convierte no sólo en signo o instrumento de algún modo de la gracia de Dios, sino también se convierte para la Iglesia en imagen y enriquecimiento. Por lo tanto, la visión que el Papa tiene de la familia, es una visión que puede hablar a todo ser humano y que precisamente por esto tiene una carga antropológica de confianza, de posibilidad, de la cual todos tenemos gran necesidad.

D. *Usted ha participado en el reciente Sínodo de los Obispos sobre la nueva evangelización y es testigo de las numerosísimas intervenciones, de obispos de todos los países y continentes, sobre la familia y sobre los temas relacionados con ella. ¿Cuál es el papel de la familia en la obra de la evangelización? ¿De qué modo la familia puede expresar la propia subjetividad eclesial?*

R. Muchísimos padres sinodales han hablado de la familia y quiero señalar tres reflexiones que me parecen apremiantes. La primera: la nueva evangelización nace de lo que yo llamo un “amor herido”. El amor de Cristo, el amor a los otros, por ejemplo el amor que los cónyuges tienen hacia los padres o hacia los hijos, un amor que a veces se muestra herido, porque deberíamos transmitir la alegría y la belleza de la vida en Cristo y en cambio nos vemos ante la indiferencia, el rechazo, el alejamiento, la soledad. Ahora bien, es de este amor herido que nace el deseo de una nueva evangelización, de encontrar nuevo ardor, nuevos criterios, nuevos métodos para poder llevar la alegría del Señor al corazón de los hombres. Y ciertamente la familia que vive esta experiencia del amor herido, está ante los ojos de todos, sobre todo de la sociedad secularizada de Occidente y, en este sentido, está tocada profundamente de la necesidad de una nueva evangelización, de la necesidad de inventar, en la fuerza del Espíritu y en la comunión de la Iglesia, vías nuevas con un nuevo impulso para llegar al corazón de nuestros jóvenes que, naturalmente, como cada corazón humano está sediento de amor y de belleza. En este sentido, y aquí está el segundo aspecto, los padres sinodales han subrayado mucho el papel de la familia como sujeto de pastoral, como sujeto de evangelización, como protagonista de esta nueva evangelización en la que está implicada toda la Iglesia que anuncia todo el Evangelio a todo hombre de todo lugar. Creo que este insistir en la catolicidad del protagonista, del destinatario del mensaje, afecta de un modo particular a la familia como sujeto de nueva evangelización. Y finalmente no debe ser olvidada la familia como destinatario, objeto de la nueva evangelización, sea en el sentido de que es necesario anunciar el Evangelio de la familia, o sea en el sentido de estar atentos y proveer, estar al lado de la familia en un tipo de corresponsabilidad educativa, de alianza educativa, para que pueda dar a los jóvenes el Evangelio del amor, de la belleza de Dios, y ellos puedan ser introducidos en la realidad total de este amor que ilumina de sentido cada aspecto de la vida, en lo cual consiste precisamente la educación.